

# Cosquillas

30 céntimos



MUJER PRACTICA, por Demetrio.  
Yo quiero peces, pero sin lo otro.



Las mujeres elegantes lo son hasta en cuclillas. Aquí tenéis a estas siete criaturas americanas que os demuestran lo bien que les sienta el traje nacional de concurso.

Y digo el *traje nacional*, porque allí, aunque el concurso sea de *cría de pulgas con organillo*, las concursantes asisten en *maillot*..

Vuestro,

Foto: *Fox Film*.

INCÓRDIEZ.

R4918

# COSQUILLAS

## REVISTA COMICO SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

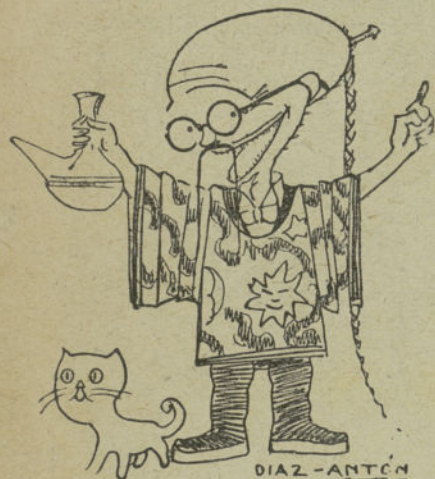
Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 30 de Julio de 1927

Núm. 44



EL VERANO

### La importancia de la paja

por

### “El Chino desconocido”

¡La paja!... ¡Ahí es nada, la paja! Este solo nombre hará estremecerse de apetito a más de un literato de los ful entre los que tengo el alto honor de contarme. Pero no se trata de la paja de nuestros desayunos, no. Las pajas que nos ocupan hoy, son las pajas urbanas; son las pajas modernizadas y enfundaditas en un preservativo papel de seda. ¡Nada tienen que ver estas con las pajas groseras que se producen cara al sol, en las eras. Y aunque la paja a que me refiero se entromete en la cebada, no se trata del pienso. ¡Voy a decirlo de una vez! Se trata de la paja con que se sorben los helados. Sin la paja, los helados hacen daño siempre.

Si ustedes meten la lengua de repente en algo que esté demasiado caliente, lo más seguro es que se abra-

sen, ¡y les sucederá seis céntimos de lo mismo si la introducción o el simple pasado lo hacen por una cosa fría! ¡Pues no digamos nada si inundamos de golpe nuestro estomaguito con un chorro de horchata valenciana!... Para gustar las bebidas heladas es insustituible la paja. Es una paja especial que se cría en el Polo Norte según me han dicho, pero no me crean ustedes.

Pero hay que saber manejar la paja, y sobre ese importante tema me voy a desparramar:

La paja no surte efecto si se emplea toda la mano. Ese comportamiento es brutal a más de negativo. Hay quien hace un garabito con el dedo y le sabe sacar a la paja el máximo rendimiento. Unos dedos demasiado fuertes destrozan la paja; la quiebran.

La paja sirve para evitar que haga daño el helado; con la paja se suavizan agradablemente sus efectos. Yo tenía una novia que se tomaba el helado a manotazos ¡era una bestia la pobre! hasta que un día la convencí por las buenas para que se dejase guiar por mí, y fué la Karaba con canesú lo que aconteció desde entonces. Ver un puesto de horchata, y ver el recipiente lleno de pajas para el helado, y tenerla que sostener porque se me derrumbaba, era todo uno y lo mismo. ¡Rediez como se me aficionó! Y es que eso de la paja parece una tontería pero... ¡Pregunte usted por ahí!

EL CHINO DESCONOCIDO.

(En el próximo número siguiente el tema veraniego, “Las bromas del tomate” y “El tomate como negocio”.)

TODA LA CORRESPONDENCIA  
AL APARTADO 8.032



Biblioteca Regional de Madrid



### CONSEJOS POR DIAZ-ANTON

Mira con insistencia, con verdadero descaro, lo más bello que lleve a la vista la mujer que a ti te gusta; si te pregunta lagartona que qué es lo que miras, dile que estás asombrado ante la belleza incomparable de (lo que sea), y que no te atreves a decirle cuál es tu estado de ánimo, por miedo a que te retire su amistad. Diselo bien dicho: verás como no te la retira. ¡Que no, hombre, que no!

\*\*\*

Si quieres decirle un piropo a una mujer de excepcional belleza, piensa en algo verdaderamente original que no le hayan podido decir, o que sea poco usual.

Lo mejor es que te lies a rebuznar estruendosamente. A mí me ha valido ese procedimiento más de un semidesnudo.

\*\*\*

Si entras en un quiosco para efectuar una necesidad menor, recátate cuanto puedas, aunque estés entre hombres: Que hay sitios en los que hay que ponerse alambreada para que le vejen a uno tranquilo.



Por si vienen mal dadas

La reforma del Código Penal en lo que atañe al adulterio, trae cejijuntos a muchos sesudos homes. Eso de que la tierna esposa tenga iguales derechos que el marido en el caso de flagrante delito, se les antoja demasiado fuerte. (Ya se sabe que antes era sólo el esposo el que disfrutaba del derecho de perniquiebre de los traidorzuelos). Pero, lo más grave, lo más alarmante, lo que de verdad tiene que preocupar por igual a casados, solteros y viudos, es que, en lo sucesivo, ya no será necesario, para que los tribunales declaren consumado

el delito, encontrar a los delincuentes en trance de que no lo puedan negar. El "flirt" puede, ¡oh, varones aficionados al escarceo!, acarrearos las mayores desdichas. Unas manos enlazadas, una conversación en la que se accione expresivamente, un beso casto en la frente más pura y limpia de ideas pecaminosas, será presumibilidad bastante a que la esposa os bata el colodrillo con un bastón de hierro u os fracture la nuca sin miedo a las sanciones de los jueces.

Daros por enterados. Hay que caminar por las calles con los ojos bajos y las manos en los bolsillos. El cine, las plataformas de los tranvías, las inmediaciones de las taquillas de las Plazas de Toros, todo lugar de aglomeración o de penumbra, puede tornarse sitio peligroso. La mujer española es celosísima. Además el "Donjuanismo" en los varones es consuetudinario. Si se promulga el Código y en tanto nos amoldamos a sus nuevos preceptos habrá lances sin cuento. Los abogados se van a hacer de oro. Los médicos de platino. Los escribanos, cisco, de puro darle al cálamo sobre el papel de oficio.

Sin embargo, todo puede arreglarse. En los periódicos de América, en sus planas de anuncios, se propalan las excelencias de una joya que servirá al efecto. Se trata del "Anillo Místico", sortija faraónica que, con sólo ostentarla, os proporciona el triunfo en el juego, en el amor, en los negocios y en cualesquiera asunto. Tal es su poderío que el que la porta domina a los mortales sin el menor esfuer-

zo. Como en las propagandas de bragueros cien individuos certifican los buenos resultados. Uno afirma que encontró la fortuna en forma de destino lucrativo; otro que sanó de dolencia terrible; otro que le cayó la lotería; otro que venció a su rival en empeño amoroso, y otro, en fin, que domeñó a su esposa, mujer harto irascible...

Por solo siete pesos—una futesa, como puede verse—, se alcanzan, al momento, todas esas venturas.

Los hombres de negocios harían bien importando esa joya para venderla por España si se promulga el Código Penal que está confeccionado.

"Anillos Místicos" sólo para varones y fuera quebraderos de cabeza.

No cobro nada por la idea. Con una sortijita me conformo.

LEOPOLDO BEJARANO.



SEGURA DE SI MISMA, por Demetrio.

El.—Consiste en que salte con brío y especialmente en que abra las piernas bien.

Ella.—Pues si consiste en que abra las piernas bien, no digo yo este manso arroyuelo. ¡El Océano me salto yo!



LA PAZ DE LA ALDEA, por Picó


—¡Huy, señorita; como mira hacia acá aquel cabrero!!

—¡Ya, ya veo que se distrae mirándonos. ¡Pues que se descuide verá a donde se le va el ganado!



LOGICA SENCILLA Y PUEBLERINA, por Demetrio.

El lugareño.—¡No pegue al burro señorita, que la pue tirar!  
 Ella.—Es que no quiere andar.  
 El.—Yo pasaré delante con la borrica pa que ande.  
 Ella.—¿Y por qué va a andar detrás de la borrica?  
 El.—Pol lo mesmo que andan etrás e la señorita tos los hombres del pueblo.



# Cosas de Belorcio

La suspicacia de doña Cundi

ADVERTENCIA IMPORTANTE

*Confidencial.*

Mr. Cornichet no puede actuar esta semana.

Está enfermo.

¿Cómo?...

Sí; no me pregunten ustedes más. Está enfermo y basta. Vamos a dejarlo.

Y dale. que sí; que estuvo en la verbena; que vió a una rubia, capirota, apretada, levemente botinera, su poquito berrenda en efusiva... ¿Qué?... Nada más que tres duros... Tres duros, de momento; luego veremos la cuenta que le pone Eloy Sarachaga... Sí; es un gran médico y es una gran persona, pero ¡hay que ver lo que lleva el pobre Cornichet! Nada, hombre, nada. ¡Cuando yo lo digo!... Para unos dos meses. A otra cosa.

*Para el público.*

Nuestro muy estimado confidente, el acreditado galo monsieur Cornichet se encuentra en cama con unas anginas bastante abultadas que le impiden continuar la lidia... digo que le impiden actuar esta semana.

Esperamos de la benevolencia de nuestros lectores, que sabrán disculpar a nuestro compañero, sobre todo porque él no ha tenido la culpa de lo que ocurre; él no sospechaba que la... Agradecemos a nuestros lectores las manifestaciones cariñosas que dedican a nuestro querido amigo y agradeceremos muchísimo más que nos remitan específicos propios para la terapéutica del doliente.

*Y vamos con doña Cundi.*

Mientras se pone o no se pone bueno el sucesor de nuestro malogrado Herr Fritz, procuraremos entretener a nuestras encantadoras lectoras y a alguno que otro de los zánganos que no leen, con el simple relato de un cuentecillo sin importancia y, sobre todo sin malicia; que conste.

Vamos allá.

Pues señor... Esto era una patrona como casi todas las patronas; guisaba mal, cobraba bien, etc. Su verdadero nombre era el de doña Eustasia, pero sus íntimos la llamaban doña Cundi, apesar de las patadas que solía repartir cuando esto ocurría. Doña Cundi tenía dos hijas: una de ellas fea e idiota; la otra rubicunda, llena y sugestivaza. La idiota le tenía sin cuidado a su madre. La buena señora conocía el límite del heroísmo masculino y poseía la evidencia de que su niña estaba lo menos a quinientos kilómetros del susodicho límite.

En cambio la otra... La otra tenía sin sosiego a la autora de sus espléndidos días. No la dejaba sola ni para cruzar el pasillo; y justo es reconocer aquí que en tal pasillo, aunque no muy ancho, ni muy claro, ni excesivamente largo ya se habían perdido tres o cuatro criadas.

La vigilancia de doña Cundi era constante. Si Laurita—así se llamaba la guapísima nena—se asomaba al balcón, reclamábala a grandes voces la vigilante mamá. Y de aquí que resultasen vanos tal que piñones de invierno los esfuerzos de los huéspedes por conquistar aquel cachito de gloria terrenal.

Sin embargo una noche...

Fué horrible.

Me tiemblan las carnes—las escasas y flácidas carnes—al recordarlo.

Acababamos de acostarnos Laurita y nosotros. Laurita en su lindísimo cuartito de soltera y nosotros—los huéspedes de doña Cundi—en nuestros respectivos lechos.

De pronto advertimos unos ruidos sospechosos... Yo me tiré de la cama y salí al pasillo... Por él se deslizaba una sombra abultada y renouante; no tardé en reconocerla: era doña Cundi. Doña Cundi siempre vigilante...

—¿Pasa algo?

—¡Calle!—bíbiseó en mi oído.

—Pero...

—Que le digo que calle o le piso la glándula biliar...

—¿Hay ladrones?

—Hay... —aquí un producto alimenticio muy recomendado para los bebés—. Sospecho que entre los sinvergüenzas de los huéspedes de esta casa, hay dos o tres que tratan de robar mis más preciados tesoros: los dos que más guardo: el pudor y la honorabilidad de mi Laurita.

—¿Dice usted que Preciados dos?...

—¡...!

—¡Señora, que mi papá era Vista de Aduanas!...

—Le repito que calle... He sentido ruidos sospechosos...

—¿Y teme usted?

—Que algunos huéspedes estén abusando de la hospitalidad...

—Pero ¿no hemos quedado en que se llamaba Laura?

—¡Silencio!

Habíamos llegado ante la puerta del cuarto de Laurita. Doña Cundi indicándome con el gesto que guardase silencio, aproximó su diestra oreja a la cerradura de la puerta.

—¿Oye usted algo?

—¡Calle!... ¡Sí!... ¡Ah, infames ellos son!...

—Pero, ¿quiénes?

—Sin duda los huéspedes de quienes yo sospechaba... Oíga, oíga, querido Belorcio... ¿No oye usted a mi niña?

Escuché y en efecto... Percibí unos suspiros entrecortados, unos gemidos largos y hondos, unos ruidos de muelles, unas inspiraciones deleitosas... ¿A qué iba a tener razón doña Cundi?...



¡Qué inoportunidad! Se me engancha la falda, ahora que no hay nadie mirando...

Dib. de Vargas.

—¡Déjeme que vaya por el revólver y vuelva a castigar mi evidente deshonra, amigo Belorcio!—exclamó intentando alejarse para cumplir su amenaza.

La sujeté.

—Vamos doña Cundi... digo doña Eustaquia, ¿qué va usted a hacer? Lo primero es convencerse de quien hay dentro; de quién es el verdadero responsable de lo que le está pasando a Laurita...

—Véalo, véalo querido Belorcio... Yo no tengo fuerza para tanto. Me consta que son mis huéspedes, pero, sin embargo, me da miedo saber cual o cuales son...

Entonces miré por el ojo de la cerradura...

¡Qué espanto!!

Y para esto... ¡tanto ruido y alarma tanta!...

—¿Qué, qué ve usted, Belorcio?—interrogó ansiosa doña Cundi.

—Algo inenarrable, señora.

—¿Cuál de mis huéspedes es, por caridad!

—Ninguno señora...

—¿Cómo?...

—Absolutamente ninguno... Su exceso de celo, mi querida amiga hace que ¡hasta los dedos se le vuelvan huéspedes!...

BELORCIO.

## Bocadillos de Verano

—¿Por qué no se baña Anita?

—Porque le sienta mal el agua.

—¿Sí?

—Mucho. El año pasado probó hacerlo en una piscina que tiene en su hotel y no puedes figurarte lo mal que le sentó la piscina...

\*\*\*

—¡Chica! qué susto he pasado. ¡Figúrate que me estaba bañando mar adentro cuando sentí un golpe aquí bestial!... como si un pez enorme me hubiera dado con la cola.

—¿Qué era; algún tiburón?

—¡Quia! Era Federico...

\*\*\*

—¿Te has fijado que cara más malucha tiene Merceditas? Está pálida y ojerosa... Se conoce que no le han sentado bien los baños.

—No lo creas. Los baños le han sentado admirablemente; el que no le ha sentado bien es el novio...

\*\*\*

—¿Por qué habéis regañado con Ricardito?

—Porque es un grosero. Figúrate



INDIGNADA, por Demetrio.

—¿Qué mirará el idiota con la vista fija en mi balcón? ¡El tonto! ¡El majadero!

que le pedimos prestado el burro para subir al alto de la ermita y nos lo negó.

—Es una indelicadeza.

—Pero aun hay más. Hoy se lo ha dejado a Clotilde, esa viuda desenvuelta, que trae revuelta a toda la colonia con su aire cosmopolita.

—¡Qué escándalo! Y ¿qué alega

para justificar el habérselo dejado a ella y no a vosotras?

—¡Una tontería! Dice que la viuda monta mejor que nosotras.

—Cuando él lo dice, la conocerá bien...

—No lo dudamos, pero ¿qué sabe él cómo lo hacemos nosotras?

UN GATO DE LA CORTE.

## ALMONEDA

Histórica cama en la que se asegura que dió a luz una princesa rusa, se vende. En esta cama, y por pertenecer a una linajuda familia, han echado más de un sueño altas personalidades y artistas célebres, cuando fueron huéspedes del castillo. Un célebre general echó dos o tres y quedó muy satisfecho.

\*\*\*

Armario ropero, de caoba tallada, que perteneció a la esposa de un político influyente, se vende en 400 pesetas. La señora del político y sus numerosos amantes le llamaban, al armario "el burladero".

\*\*\*

Utensilio de higiene íntima, de señora elegante y enemiga del olor a percebe, se vende en buen uso y

en precio moderado. La alta categoría de la que fué su propietaria, y su belleza excepcional, hacen suponer que en ese cacharro se ha liquidado media generación de descendientes ilustres.

## Madrinas de guerra

Las solicitan:

Enrique Vázquez Vidal, cabo de cornetas del Batallón de Cazadores de Africa núm. 18. Dar Quebdani. Melilla.

Félix Pastor, sargento del Batallón de Cazadores de Africa número 7, en Larache, posición de Budir.

Marcelino Guardado, Luis B. Guardado y José Portero. Tercio Extranjero, tercer batallón, séptima compañía. Melilla-Targuist.

Julián Mezquita Poyo. Batallón

de Cazadores de Africa núm. 13. Plana Mayor Administrativa. Melilla.

Querido Ben Humeya: Estimado moro y jocundo camarada. Con tu carta me he agrietado de risa, pero no hay manera de publicar los retratos de esos pre idiaros moros que son más feos que el que no pague un corresponsal. Si yo fuese mujer (¡con lo *reclinada* que iba a ser!) no amadrinaba a esa inmundicia así me pagaran a milenta mil *barés* la complacencia. ¡Chavó, qué Fulanos te has traído esta temporada!

Por lo demás, ya sabes que esta revista es del público mi señor, y que en no desentonando puedes disponer de sus páginas a tu albedrío. Te sacude los cinco de arreglarse el tupé tu incondicional

INCÓRDIEZ.



*He aquí un burro dichoso. Yo hice el burro cuanto pude en esta vida mísera y llena de caseros, pero no tuve la inmensa satisfacción de entretener a un tiempo a cuatro beldades tan de beldad como estas cuatro nenas que le empujan, que le tiran, que se le suben encima...*

*... ¡Cuán injusta es la suerte para algunos seres...! Porque yo soy más burro que ése, y rebuzno mejor... ¡Y como más alfalfa! Vuestro,*

INCÓRDIEZ.



# UN BUEN PADRE, por Mihura

Me echare un rato a dormir la siesta.



I

¡Qué ricas son las mujeres!



II

Se ha quedado dormidito.



III

¿Eres "la Riñonatos" o "la Ojerosa", pedazo de guapa?



IV

¿Quen te quiere a ti vida mia?



V

Anda negra, que ya veras que bien lo pasamos



VI

¡Espera un momento hijo mio, no te duermas!



VII



VIII



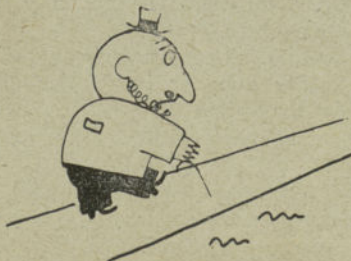
IX

LA DISCRETA

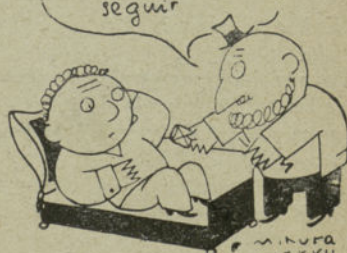


X

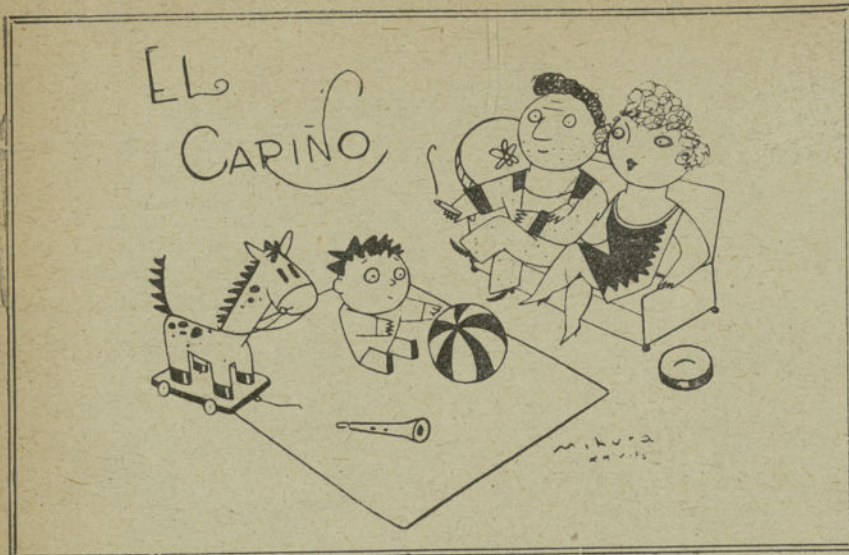
Toma, salao ya puedes seguir



XI



Mihura



Los padres, los hermanos, la mujer y los hijos, son unos individuos que nos encontramos con frecuencia por los pasillos de nuestra casa y que, a fuerza de verlos todos los días a la hora de comer, llegamos a apreciar bastante.

Pensamiento del autor que, a primera vista, parece algo frívolo e idiota, pero que encierra una verdad trascendental y un si es no es filosófica.

*"Ayer me fui a confesar con un padre capuchino y me echó de penitencia que me casara contigo."*

Canto popular andaluz que, si he de serles a ustedes franco, no tiene que ver gran cosa con el artículo que pienso escribir.

*¡Una de cincuenta!*

Frase que se dice frecuentemente cuando se entra en un estanco a comprar tabaco de dos reales.

## CAPITULO PRIMERO

*El amor no existe.*

¿Existe el amor? ¿No existe?

¡Oh!

Yo me hago estas dos preguntas todas las tardes cuando estoy debiendo agua del botijo y no sé qué contestar.

La duda me atenaza constantemente y es tal el estado de nervios en que me pone, que solamente por este motivo, no salgo a veranear este año a Niza, como tengo por costumbre.

Yo, hasta hace dos días, he creído en el amor y vivía feliz en compañía de toda mi familia y de Benita Fernández, mi criada.

Pero ya no creo en el amor.

No.

Estoy seguro que el amor es solamente una costumbre tea, como la de limpiarse los zapatos en la colcha.

Y se lo voy a demostrar a ustedes, mientras me fumo un pitillo.

Verán, verán.

## CAPITULO SEGUNDO

*Cómo me enamoré yo de María, la hija de la portera.*

Yo pasaba todos los días por una calle. En un portal de esta calle, había una chica y un letrerito que decía: "Gas en cada piso".

Pero esto último les tiene a ustedes y a mí sin cuidado. Lo he dicho por dar más ambiente.

El primer día, que casualmente me fijé en la chica, me pareció que era bastante fea.

El segundo, la observé un poco mejor y creí notar que tenía mal tipo.

El tercero, pasé y me fijé en que le faltaba un diente de arriba y en que tenía caspa.

El cuarto, al contemplarla, me dije: "¡Hay que ver las birrias que cría la Naturaleza!"

Y me cabré mucho con la Naturaleza.

Sin embargo, al quinto, la oí hablar con su madre y pensé: "Es fea, pero parece simpática".

El sexto, ella me miró sonriendo y yo me di cuenta de que ella también

me conocía de vista y de que no le era profundamente antipático.

El séptimo, tuve que ir a comprar unos calcetines y no pasé por allí.

Y noté que esto me molestaba mucho.

Pero no le di importancia.

No obstante, al otro día, pasé diez minutos antes por el portal, sólo por verla. Y me pareció que aquella chica tenía en la cara cierto atractivo interesante.

El noveno, no estaba ella y estuve todo el día bastante preocupado.

Tanto, que se me olvidó pagar el café y vendí una novela que me acababan de prestar.

Y al décimo, al pasar y verla, tuve la sospecha de que yo estaba ciegamente enamorado de aquella bierria.

Y me casé con ella.

Pero ahora comprendo que no me casé con ella porque la quisiera.

No.

Me casé con ella, porque yo me había acostumbrado a verla todos los días y como por aquella época me había mudado a un barrio distante y



*¡ES! PEDAZO DE INGENUA por Picó.*

*¡No sean ustedes maliciosos!... Es que llevo aquí un canario que se me ha escapado de la jaula. ¡Bastante siento lo que le pueda molestar el verme las pier-nas!*

para pasar por el portal tenía que tomar el "Metro" y hacer un transbordo, pensé que antes de cometer esta insensatez, era preferible casarse.

Però no era amor.

Era que había adquirido una costumbre idiota.

Una costumbre como fumar tabaco de uno, silbar el "A media luz" y ponerse la bota derecha antes que la izquierda.

¡Estupideces en las que abunda la vida!

### CAPITULO TERCERO

#### El hijo.

Y yo estaba muy contento, porque creía que la amaba.

Però tuvimos el primer hijo y entonces comprendí lo aburrido que resulta pasarse dos o tres años, sentado junto a la individua en un sofá, viendo hacer tonterías a un niño que se pone delante a jugar con una pelota.

Yo comprendí en seguida que esto era estúpido.

Porque un buen padre tiene la necesidad de observar atentamente todo lo que hace y dice su hijo y de reirse mucho.

—Mira—me dijo ella—, Juanito le ha dicho hoy a la criada que tiene narices de tonta.

Y yo, entonces, me tronchaba de risa y decía:

—¡Qué inteligente es! ¡Ha salido a su tío Paco, el de Orense!

Otras veces, mi mujer me comunicaba muy contenta, que el niño había dicho que quería ser guardia para no pagar en los tranvías.

Y yo me tenía que reir exageradamente, aunque encontraba que aquello no tenía suficiente gracia.

Y durante tres o cuatro años estuve oyendo catorce veces al día, comentar lo de la criada y lo del guardia y pensé que aquello era intolerable.

Y entonces fué cuando se me ocurrió tirarle a un nozo atándole antes una piedra al cuello.

Y mi mujer, al enterarse, estuvo dos horas llorando y diciendo que lo sentía porque ella le quería mucho.

Yo traté de vencerla de que aquello que sentía por él, no era cariño, era una simple costumbre que tenía de oírle decir tonterías y de verle romper juguetes, y que, aunque ella le hubiese echado al mundo, debía darse cuenta de que aquello no

tenía ninguna gracia y de que ya era inaguantable oírle repetir nuevamente lo del guardia y lo de la criada.

Però mi mujer era poco original y no comprendía esto.

Y tuvimos un gran disgusto por esta causa y me dijo que yo no la quería a ella ni al niño ni a la camisa que llevaba puesta.

Y estuvo llorando otras dos horas justas.

### CAPITULO CUARTO

#### La costumbre.

Y comprendí que era verdad.

No hay tal cariño.

Yo no quería ni al niño ni a mi mujer ni a la camisa.

Lo que pasaba, es que me levantaba de la cama y me encontraba con mi señora en el pasillo. Que iba al cuarto de baño y que ella estaba allí. Que iba a comer y que ella estaba sentada ya en la mesa. Que iba a coger el sombrero para marcharme y que el sombrero lo tenía ella preparado para dármele. Que regresaba de la calle y que me la volvía a encontrar en el pasillo. Que iba a cenar y que allí estaba ella. Y que cuando iba a acostarme, ya rendido, me la encontraba metida en la cama con la boca abierta.

Me la encontraba en todas partes y a todas horas.

Me contaba todas las cosas que le sucedían y me preguntaba las que me habían sucedido a mi.

Se vestía y se desnudaba delante de mí.

Me acariciaba algunas veces.

Así es, que a los diez años de esta murga, cuando ella se escapó con un guardafron de la línea de Pozas, por necesidad me tenía que acordar de ella, al levantarme, a la hora de comer, a la de cenar y cuando me metía en la cama.

Y yo exclamaba: "¡Cómo la quería!"

Però no era esto.

Lo que yo debía decir era:

—¡Hay que ver, con lo acostumbrado que estaba yo a encontrármela por todas las habitaciones!...

\*\*\*

Y si se dedican ustedes a meditar dos o tres años sobre esta opinión, se convencerán de que no he dicho ninguna tontería.

Cosa extraña, pero posible, dadas las incongruencias que se registran en este valle de lágrimas y de colchones de miraguano.

¿No es verdad?

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)



Todos los días se cometen crímenes por negarse algunas mujeres a ser complacientes con sus enamorados... ¡Qué tontas!... Yo cuando menos no reñiría con ellos aunque fuesen ciento.

Dib. de Demetrio.

## Notas de Sociedad y movimiento veraniego

Por AMARANTO

Para Zarraparraguera de la Desmigación han salido trotando los señores de Majaderete, a los que acompañan el tendero de la esquina de su calle, el cual es el que le ha prestado a la señora de Majaderete el dinero para el veraneo.

Malas lenguas dicen que el dinero lo tomó la señora en la trastienda, pero yo, que conozco el establecimiento, puedo asegurar que no se puede estar mas que de pie.

\*\*\*

Anoche, y en el Arroyo Abroñigal, se efectuó el encuentro, a saber, entre el conocido castigador

Lolito y el marido de su último destrozo. Los dos tenían más canchuelo que se derrocha en una becerrada. El esposo engañado derrotaba bastante bien al final.

\*\*\*

El follón que se armó ayer en la elegante playa del Besuguete, es para esculpirlo en bloques de platinino. Parece ser que el conde de La Sofocación sorprendió a un su amigo espulgando a la condesa. Pero lo extraño es que los que llegaron inmediatamente que se armó el cisco, aseguran que la condesa estaba desnuda y con un pañuelo fuertemente atado en la cabeza. ¡Vaya usted a saber!

\*\*\*

Se empiezan a echar el aliento la señora de un conocido banquero y el célebre matador de toros *Ventosidad*.

\*\*\*

En el frondoso jardín de su finca "El Revolcadero" ha instalado

una cama turca la hermosa viuda de Arrastrandillo. Lo que pone en conocimiento de sus numerosas amistades.

\*\*\*

Es una bola indecente la que cuentan más de cuatro piojosos con referencia al acrisolado honor de la señora de nuestro particular amigo y conocido cobrador de la Casa Cuesco. No es cierto que mientras él se dedica a su honorable labor, ella se pase el día forrajeando con *sus amantes*.

Mal pueden decir *sus amantes*, así en plural, cuando la virtuosa señora no se desliza mas que una vez a la semana, y siempre con el mismo. ¡Hay que despreciar a la gentuza habladora!

\*\*\*

Ayer, y en la fiesta que dió en sus salones la marquesa de La Zorrería, le fué entregado el catre de oro con que la obsequian los numerosos amigos de la elegante dama.



¡QUE LE QUITEN LO BAILADO!, por Picó

—¡Pero no seas tonta!... ¿Tú crees que el señorito, tan guapo como es, se va a acordar de ti después?  
—¡Y a mí qué!... Luego no se acordará de mí; pero ahora me pasa tarjeta todas las noches.



UNA OBSERVADORA, por Picó.

—¡Tengo una pereza de meterme en el agua!...  
—Pues me parece que es el día en que más falta te hace, si está fresquita.



## Charlas de Incórdiez

### Los balcones en las noches de verano

¡Cuidado si se han hecho descripciones sugestivas de lo que se ve por algunos balcones en las noches calurosas!... ¡Cuidado, si se han dicho cosas!... Pero ninguna como la que voy a tener el gusto de narrar.

Fué hace cuatro días, cuando este servidor vuestro y reumático primero recibió la impresión más escalofriante que pueda imaginarse un argumentista de cinematógrafo: La repentina visión de un harém a la hora del baño es una postal alegrilla comparado con lo que yo tuve el alto honor (un quinto piso) de ver. ¡Todavía piafo, coceo y me pongo de manos!...

Yo tenía que ver un cuarto desalquilado, el cual, y por falta de tiempo, pues que soy el hombre más ocupado de España (¡huy, qué horror!), reservaba el portero del inmueble hasta que yo viese si me convenía. Pero no tenía tiempo ningún día, y el de autos me determiné a ver el cuarto por la noche, y así se lo avisé al portero por medio de un botones.

Y después de salir del teatro me abrió el sereno ya advertido, la puerta de la casa. Me esperaba el cancerbero; subimos y penetremos. Tiene la instalación de luz en perfecto estado, me dijo el portero en el recibimiento, mire usted (y encendió la luz). No les digo a ustedes cómo la encendió, porque van a decir que soy un idiota, que les supongo a ustedes tan ignorantes que no sepan cómo se hacen lucir

las bombillas eléctricas, y me van a llamar todas las cosas que terminen en *ón*. Me adelanté por el pasillo, y cuando ya dentro de la primera habitación que encontré me disponía a buscar la llave de la luz, por la abierta ventana vi un balcón iluminado en la fachada fronteriza. Como me quedé suspenso de la impresión, que fué tremenda la que recibí al ver lo que vi por aquel balcón, el portero, que estaba tras de mí, dijo, solícito: "Aquí hay pera." "¡Toma, ya lo creo!, le contesté sin saber lo que decía, y le sujeté por el brazo, que extendió buscando la pera de la luz, que pendía cerca del marco de la puerta. Y atenazándole por la muñeca le gruñí sordamente: "¡Si enciende usted, le pateo los distintivos!"

El portero se quedó *estatua*, y después me preguntó un poco atemorizado:

—¿Por qué me amenaza con la pateadura?

—Porque si enciende usted y lo notan allí enfrente... ¡Mire usted *desgraciao!*—y le empujé hasta la ventana.

—¡La osa!—rugió el portero agarrándose al marco de la ventana—. ¡Son la señora del casero y Rufina la doncella! Sí, es la Rufina, aunque ahora no lleva ni delantal, ni cofia..., ni *ná*; pero es la Rufina! ¡Rediez, cómo está la Rufina! ¡Pos *miá* la señora! ¡Mi madre, qué solomillo!

Le tuve que agarrar del pescuezo con ambas manos y decirle:

—Describa para usted, que me va a espantar este aguafuerte.

Y pegándole un codazo en el costado, para que me dejara sitio preferente, clavé mis ojos codiciosos en el maravilloso cuadro que se me estaba ofreciendo.

Si en vez de escrito, tuviera que contar hablado el suceso, no podría en lo menos cuatro meses, por-



LA COSTUMBRE, por Picó.

Estos dibujantes de COSQUILLAS dibujan bastante bien las piernas... ¡Se conoce que andan mucho entre ellas!

que tengo levantado el labio toda-  
vía.

Aquella *señora del casero* es la  
jamona en primer grado más bo-  
nita que ustedes se puedan imagi-  
nar; ¡con un sonrosado en todos  
los mofletes!, ¡con una firmeza en  
los abultamientos!... ¡Y cuidado  
que hacía falta firmeza para aque-  
llo!

Y la Rufna—como dijo el por-  
tero—es la morena veinteabrileña  
más tostada y acaramelada que yo  
he visto en mi atropellada vida.  
Las dos, la señora y la doncella,  
estaban en color carne. Después de  
la sencilla y elegante descripción  
que acabo de hacer del estado en  
que se encontraban las bellas mu-  
jeres no me falta añadir mas que  
lo único que llevaban a lo *manolo*  
eran los peinados. No me es posi-  
ble decir más del cuadro realista  
que se desarrollaba, ni de nada de  
lo que se desarrolló en la habita-  
ción en que me encontraba; y digo  
*me encontraba*, porque el portero  
se había pasado a la habitación in-  
mediata, que también tenía la ven-  
tana orientada hacia el balcón.

Lo lamento mucho, pero no pue-  
do. Solamente me falta contar el  
final: Cuando bajábamos el por-  
tero y yo, con paso vacilante, por la  
escalera, me dijo aflautadamente:

—Se habrá fijado el señorito en  
que las vistas son de primera y  
que la instalación está completa,  
sin faltarle ni una lámpara ni una  
llave.

Y le contesté, también con voz  
de flautín:

—Sí; me he fijado en la instala-  
ción y en que las habitaciones en  
que hemos estado tú y yo, tienen  
pera.

Vuestro hasta la fermentación.

INCORDIEZ.

## FOTOGRAFÍAS

**GALANTES: RARAS**

**Hermosas colecciones**

**10 pesetas en sellos de Correos**

Escribid a **Excelsior**, Poste Res-  
tante Central.

BORDEAUX (FRANCIA)



—Yo hago gimnasia con este maestro porque quiero ber-  
der vientre.

—¡Pues ten cuidado no salgas ganando!

Dib. de Moliné.

## Anuncios por palabras

Jovencita bella y complaciente se  
ofrece a cambio ayuda cincuenta  
pesetas mensuales acompañar ca-  
ballero discreto, a la última fila de  
los cines. Advierte, más que como  
un defecto, como una agradable sor-  
presa, que es zurda. Escribid: Con-  
tinental Celestina.

\*\*\*

Hasta ocho palabras, lo que us-  
tedes se quieran sacudir; pero las  
*palabras mayores* tienen que pa-  
garlas a once duros.

\*\*\*

Señora viuda necesita, ¡pero que  
ya!, caballero estable que se

avenga a todo y que lo mismo le  
dé una cosa que otra. Lo que me-  
nos la importa es lo que dé en di-  
nero. Escribid: Billete mil pesetas  
888.999.777.000.000 con 75. Apar-  
tado 89.000 y pico.

\*\*\*

Hace falta criada guapa y mo-  
dernizada que se haga cargo que a  
la hora de entrarle el desayuno al  
señorito debe hacerse la distraída  
si el señorito está destapado, o cu-  
brirlo valientemente. Escribid:  
Continental Zurriago, a letra A.

**Editorial 1927**  
**Apartado 8.032**



## La casa de las ánimas

En lo más apartado del pueblo había una calle estrecha, retorcida, tenebrosa, donde se alzaban unas tapias coronadas de yerbazos y una casa de aspecto misterioso, siempre cerrada, con los tejados llenos de corcovas, los batientes de ventanas y balcones sueltos, los cristales rotos, los muros agrietados, costrosos, sucios y la puerta, de claveteados cuarterones, hermética bajo la pesadumbre de sus dos grandes aldabones enmohecidos. Llamábase la calle, calle de las Animas y la casa era asimismo conocida por la casa de las Animas. ¿A qué se debía esto? No lo sabemos ciertamente. Una vaga tradición, mantenida por los viejos del lugar, designaba aquella mansión como teatro de escenas fantasmagóricas, donde aparecidos y espectros de toda laya se daban cita, quizá para purgar ciertas culpas o acaso con el exclusivo designio de poner un hondo pavor en el ánimo de sus convecinos.

Hacia ya tiempo, sin embargo, que tales escenas no se producían. La casa, por consiguiente, perdió su sobrehumano prestigio poco a poco. Y, aunque la gente la miraba todavía con cierta prevención, ya no se le daba un camino de pasar junto a ella, así fuese en las altas horas de la noche, con absoluta tranquilidad.

Al cabo de cierto tiempo, los que vivían por los alrededores de la calle de las Animas pudieron notar que la voz de Juan, el sereno vibraba una noche harto temblorosa al cantar las horas. ¿Y cómo no iba a temblarle la voz? La emoción que Juan experimentara poco antes había sido demasiado fuerte. Figuráos que cruzaba por la calle de las Animas y que, al pasar junto a la famosa casa, sintió dentro de ella unos ruidos extraños como de voces que se musitaran secretos, como quejumbres que se ahogaran bajo terciopelos, como de muebles que fuesen arrastrados quedamente por manos descarnadas. Atraído por la curiosidad y para cerciorarse de que todo aquello se debía acaso a una alucinación de sus oídos acercóse a una de las ventanas. Y entonces pudo ver por una rendija una lucecita misteriosa y unas sombras que dos o tres veces cruzaron tras de un opaco cristal con la rapi-

dez del relámpago. Transcurridos unos momentos, alejóse de la casa fatídica y claro está su emoción se tradujo en un extraño temblar de la voz, cuando cantaba:

—¡Ave María Purísima!... ¡Las dos y lloviendooo!...

Aquella noche, en efecto—noche invernal—, pesaba sobre el pueblo un telón gris de nubes y el agua caía a torrentes levantando burbujas en los copiosos charcos...

\*\*\*

Juan guardóse para sí solo su descubrimiento. ¿A qué contárselo a la gente? Su preocupación, sin embargo, fué aumentando hasta el extremo de que la Paula, su mujer, llegó a notárselo.

—¿Qué te pasa desde hace unos días, Juan?—hubo de preguntarle.

Sabía Juan que contar un secreto a una mujer equivalía a echar agua en un cestillo. Así, pues, limitóse a contestarle:

—Nada.

Y lo mismo hubo de repetirle reiteradas veces, sin que le valieran a la Paula, para vencerlo, halagos, ni zalamerías. Y eso tiene su mérito, porque el sereno poseía una mujer capaz de hacer perder la serenidad a un santo. ¡Vaya mujer la Paula! Las piernas, las caderas, el pecho, el rostro eran los puntos donde culminaba su hermosura; pero esta, después de sublimarse allí, parecía remansarse muellemente en otros rinconcillos de su cuerpo, gratos recovecos para perderse en ellos y no salir nunca de su deleitable laberinto. ¿Y sus ojos que chispeaban de picardía? ¿Y su boca de labios un tanto recios hecha para besos succionadores y eternos. ¿Y la música de su risa? ¿Y la gracia lasciva de sus movimientos y ademanos? Verdaderamente, Juan, negándose a descubrirle su secreto, se condujo como un héroe. ¡Ya lo creo!

Se preguntarán algunos a qué venía aquel obstinado silencio y se lo explicaremos. Cuando Juan descubrió lo que descubrió en la casa de las Animas creyó al principio que se trataba de algo sobrenatural. Si, en aquel punto, la Paula le hubiese apremiado un poco, se lo hubiera contado todo. Pero pasó

el tiempo y Juan—que vió en noches sucesivas lo que había visto aquella noche primera—fué despojando aquello de todo carácter sobrenatural y dándole una interpretación más corriente y sencilla. Precisamente por entonces los periódicos hablaron de una falsificación de monedas que acababa de descubrirse. Los falsificadores se reunían para trabajar en una casucha solitaria, donde la justicia los sorprendió tras de innumerables pesquisas. ¿No ocurriría otro tanto en la casa de las Animas? Así llegó a creer Juan firmemente. En más de una ocasión, su mujer lo vió salir de una profunda meditación con estas o parecidas palabras:

—¡Bah!... Ya no hay animas sueltas por el mundo...

Tras de lo cual tornaba a su mutismo para soñar con la gloria de descubrir y apresar él solo a la misteriosa banda, que, sin duda, tenía allí su tenebrosa guarida... ¡Vaya servicio que iba a prestar! Su nombre sería divulgado por la prensa; le admirarían sus convecinos; le subirían el sueldo; le harían una apoteosis... ¡Oh! Juan se desvanecía de gusto nada más que de pensar-lo...

\*\*\*

Una noche Juan se despidió de su mujer más cariñosamente que de cos-



—Voy a hablar por teléfono con ese. Con este calor, no soporto yo a ningún caballero como no sea por teléfono.

Dib. de Byron.





—¡Huy, vamos a vernos que aquellos marineros vienen hacia acá!  
—Pero parecen inocentes pescadores de almejas.  
—¡A mí son los pescadores que más miedo me dan!

Dib. de Picó.

seguida aplicó el ojo a la cerradura, crispada una mano sobre el chuzo y aplastada la otra contra la culata del revólver. Durante un buen rato estuvo observando en silencio hasta que, de pronto, irguióse en las tinieblas y vió cuanto pudo, quedamente, casi ahogándose.

—¡Caramba!—masculló—. ¡Quién lo había de pensar! Es el sacristán... es el sacristán... con una mujer...

Miró de nuevo por la cerradura. Ignoramos lo que vería. Pero el caso es que, cuando se apartó de su observatorio, sus ojos lanzaban llamas, su sangre le hervía en las venas y su boca babeaba las siguientes frases:

—¡Qué mujer tan estupenda!... ¡Qué hombros!... ¡Qué pechos tan cubiertos!... ¡Qué caderas!... ¡Y qué piernas tan juguetonas e inquietas!... Me explico las locuras del sacristán... Y las mías, si llegara el caso... Pero ¿quién será ella?... Veámosle la cara, si podemos... ¡Y tú, Juan, que has venido en busca de unos terribles falsificadores!...

Volvió otra vez el sereno a su acechadero y, coreando sin duda lo que sus encandilados ojos viesan, comenzó a susurrar con el hábito lleno de sobresaltos:

—¡Duro con ella, sacristán!... ¡Duro con ella!... ¡No hay que pararse en pelillos!... ¡Hasta el fin!... ¡Qué mujer!... ¡Es una llama... es una serpiente!... ¡Si fueran así todas las ánimas de esta casa!...

Más, de súbito, el sereno cortó sus comentarios en seco y recostóse contra la puerta. Tras de esta pudieron escucharse unos ayes dulcisos, unas risitas ahogadas. Luego habló una voz hombruna, mimosa y rendida.

—¡Ay, queridita mía!—dijo aquella voz—. ¡Qué felices somos!... ¡Y pensar que, mientras nosotros nos regodeamos aquí, el idiota de tu marido, Paula, anda por esas calles de Dios, chuzo en ristre, cantando las horas!...

El sereno se había ido escurriendo hasta dar en tierra con su cuerpo...

José A. LUENGO.

tumbre. Iba, al fin y al cabo, a jugarse la vida. Aunque confiaba en salir bien de su aventura, ¡quién sabe lo que le tiene reservado el destino!...

Durante un par de horas estuvo recorriendo las calles de su demarcación. Erase una noche clara de enero. La luna vertía a raudales su luz de plata sobre el pueblo. Las sombras picudas de las tejas se prolongaban a lo largo de las fechadas desmesuradamente. Silbaba el viento ululando en las chimeneas y, de vez en cuando, algún gato encelado maullaba de una manera escalofriante.

Juan, luego de vacilar unos momentos, acercóse a la casa de las Animas, ya cantada la una, y avizoró por la

rendija de la ventana, según su costumbre. Oyó los mismos rumores y vió la misma lucecita y las mismas siluetas que siempre viera. Así, pues, encomendándose a Dios, trepó por una tapia baja que la casa tenía y hallóse pronto al otro lado en un patinillo alfombrado de gran cantidad de hojas muertas y custodiado, como por dos vigías, por dos altos cipreses que, bajo el resplandor lunar, cabeceaban movidos por el viento.

Penetró por una puerta desvencijada en la casa. Avanzando a tientas pasillo adelante, llegó al fin a otra puerta llena de rendijas, por todas las cuales se escapaban mil flechillas de luz. En

Ya estamos preparando la segunda parte de Piernografías, para el extraordinario de la "Biblioteca de Cosquillas".

Aunque se suele decir que nunca segundas partes fueron buenas, en este caso se va a escachiflar el anticuado dicho, porque esta segunda parte va a ser la evaporación del alcaolide.

## NO MALDIGA, HERMANO

Frasquito Montoya era el gitano más trapalán y faroero que viera la luz del sol desde que el propio Faraón pasara a regentar los destinos de la tribu. Su gracejo para la réplica, su ratería para eludir las contestaciones que pudieran comprometerle y su audacia para escapar de las garras de la justicia, eran famosas en la localidad donde Frasquito llevaba tiempo acampado ejerciendo el alcahuete oficio de calderero.

Sin embargo, Frasquito tenía una creencia; la de que confesando muy a menudo quedaba libre de todo pecado ante Dios y ante los hombres.

Ciertamente que sus confesiones eran una perpetua argucia de las que nunca se sacaba nada en limpio, pero él se quedaba tan satisfecho como el más contrito de los mortales.

Una mañana de Pascua, nuestro buen Montoya se presentó muy humilde ante el confesonario, dispuesto a descargar su ánimo, de Dios sabía que mortal pecado, entablado con el cura, hombre socarrón y algo cazarro, el siguiente diálogo:

—Pero, ¿tú aquí también hoy?— preguntó el cura a Frasquito con cierta extrañeza. ¿Qué habrás hecho y no bueno, para acudir a mí después de la confesión de ayer!

—¡Por la gloria de mis muertos le juro a usted pare...

—Bueno, bueno; no jures ni maldigas y al grano.

—Si no juro, pare Ramón; es que... ¡maldita sea mi sino, que me achara que usted crea...

—Que te digo que no maldigas y al grano...

—Güeno, no mardisiré... Verá usted, pare; yo creo que he fartao a arguno de los die mandamientos; pero como son tantos, ¡malos mengues me tragelen si sé a cuar de los die!

—¿Ya empezamos con surtefugios?

—¡Premita Dios se me queen los pies planos sí...

—¡Que no maldigas te digo, que es un vicio muy feo que lo castiga Dios! Vamos a ver, ¿Has faltado al quinto?

—¿Ar quinto? ¡Dios me libre, pare Ramón! Yo, las cosas militares las tengo mucho respeto.

—Digo si has faltado al quinto mandamiento.

—Asín me jagan picadillo antes que por las mientes se me haiga pasao la idea de matar a denguno... Que malos mengues me tragelen...

—¡Y dale con maldecir!

—Si es que... ¡Mardita sea!...

—Bueno, entonces, si no has faltado al quinto, seguramente que ha sido al séptimo.

—¡José y qué cladivmente e usted, pare... Por ahí me parese que le ronda; pero yo le juro a usted por toos mis fa-

llecíos que asín se hunda er suelo que piso si yo...

—Pero, hombre, ¿quieres no maldecir más? ¿No te he dicho que eso es un pecado horrible que castiga Dios?

—Sí, señó, pare, pero e que...

—Sepamos cómo fué y que fué...

—Una gallina, pare cura.

—¿Una gallina?

—Sí, pero que me ajoguen las anginas si yo hise argo por ella... ¡Que yo soy mu honrao, pare cura, y fué ella la que, ¡mardita sea su estampa!...

—¡Y dale!

—Sí, señó; y dale que le das le dió por volarse y venirse tras de mí como si fuá de la familia la mu indina... Asín se hunda...

—¡A callar; no te tolero una maldición más!

—Güeno, pare; pero coste que, que yo no robé la gallina roja, que fué ella la que...

—¿Cómo? ¿Has dicho la gallina roja? —¡Asín me pille un vendaval si mientol!

—De modo, que roja...

—Roja, si señó...

—¿Y con un lunar negro al lado de la cola?

—¡Chipén que sí!

—Y otro lunar blanco en el cuello...

—¡Como si la estuviá usted viendo!

—Pues... ¡Maldita sea la tierra que te crió, so vago! ¡Así te quiebres una pata y no puedas andar derecho en tu vida! ¡Maldita sea tu ralea y...

—Pero, pare; ¿no desía usted que Dios prohíbe mardisir?

—Sí... Sí que lo prohíbe, pero ya hubiese querido yo que le robasen a Dios una gallina como la roja, a ver qué hacía!...

FIDEL PRADO.



—¡Pues si que es raro!... Este muchacho siempre lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón... se conoce que lleva algo que no quiere que se le pierda.

Dib. de Demetrio.



Modelo de carretilla-colchoneta que se puede utilizar para todo. Con una chatunga como la que tiene su elegante cuerpo (¡Rica tú!) sobre el mullido artefacto, seríamos capaz de encontrarle la mar de usos. ¡A la carretilla, se entiende!

Vuestro hasta los intersticios,

INCÓRDIEZ.

Pronto...

FRIVOLA

la gran Revista de la Belleza mundial.



PROXIMAMENTE

# FRIVOLA

La revista de la belleza mundial. Magníficas planas a cuatromía, tricolor y bicolor. De enorme interés para los artistas en general y en particular para los que proyecten dedicarse al cinematógrafo.

Imp. Zoila Ascasibar y C.ª — Martín de los Heros, 65

*Biblioteca Regional de Madrid*